

HISTORIA
DE
CÓRDOBA,

DESDE LOS MAS REMOTOS TIEMPOS HASTA EL DIA,

POR

D. LUIS MARAVER Y ALFARO,
CRONISTA DE CÓRDOBA Y SU PROVINCIA,
CRONISTA-REY DE ARMAS DE S. M.



TOMO III.



CÓRDOBA
Tipografía de EL GUADALQUIVIR,
calle de Pescadores, núm. 17.
1867.

HISTORIA
DE
CÓRDOBA

DESDE LOS MAS REMOTOS TIEMPOS HASTA EL DIA

POR

D. LUIS MARAVER Y ALFARO,
CRONISTA DE CÓRDOBA Y SU PROVINCIA,

CRONISTA-REY DE ARMAS DE S. M.



.....
TOMO III.
.....

CÓRDOBA
Tipografía de EL GUADALQUIVIR

Calle de Pascoyas, núm. 17.
1867.

CAPÍTULO I.

Proclamacion de Al-Mundhir.—El Hagib Hixem.—Espediciones de Al-Mundhir.—Omar ben Hafsum.—Muerte de Al-Mundhir.—Su retrato.—Anécdotas.

EL Domingo, 8 días andados de Rabic primera de la Egira 273, (13 de Agosto de 886), fué proclamado Al-Mundhir ben Muhammad ben Abdu-r-rahman Aben Al-Hacam, hijo de la Sultana Ayel, que lo había dado á luz á los siete meses de su embarazo, en el año 229 de la Egira (844 de Jesucristo): y tenía por lo tanto 44 años árabes, cuando ascendió al Califato de Córdoba.

Se hallaba, como hemos dicho, en Hins Alhama, en la Cora de Málaga, cuando recibió la noticia de la muerte de su padre. Acto continuo, pasó á Raya, en la misma provincia, y nombró por Gualies de ella á Suleiman ben Abdu-l-melic ben Ajtal, y á Abdu-r-rahman ben Harix, partiendo para Córdoba con tan extraordinaria rapidéz que aun pudo azalear sobre el cadáver de su padre.

Concluida la fúnebre ceremonia se presentó Al-Mundhir, sin mudarse los desaliñados y empolvados vestidos con que habia hecho el viaje, en la sala que le estaba preparada para recibir el juramento. Bien pronto se fué llenando esta

con las autoridades, caudillos, y altos funcionarios que debían concurrir á tan solemne acto: y ocupados al fin todos los asientos, se levantó el Hagib Hixem ben Abdu-l-aziz, y teniendo en las manos el libro sagrado, principió su leyenda con grave y mesurada entonacion. Al nombrar al difunto Muhammad, las lágrimas inundaron su rostro, y los sollozos embargaron su lengua, hasta el punto de tener que interrumpir la lectura. Procuró reponerse en breve: mas quedó tan turbado, que repitió lo que ya habia leído, con marcadas muestras de impaciencia por parte de Al-Mundhir, en cuyo rostro se descubría la ira que le causaba aquella detencion. Hixem, continuó sin embargo, hasta concluir, siendo, tal vez, el único que no se apercibió del mal efecto que habia producido en el nuevo Califa: pues todos los demás, que se hallaban presentes, y entre los cuales tenia muchos enemigos el Hagib, se alegraron al notar en Al-Mundhir aquellos signos de desagrado, que podrian convertirse en odio, y hasta en sentencia de muerte.

Concluida la proclamación quiso el Califa que conservase el pueblo un grato recuerdo de su elevacion al poder; y al efecto hizo distribuir el *itah*, ó regalo militar al ejército, perdonando además á sus arrendatarios, y á la gente de Córdoba, no solo el diezmo, que debían satisfacer aquel año, sino tambien todas las demás derramas y contribuciones.

Cuando Omar ben Hafsum se vió libre del ejército, que lo tenía sitiado en Alhama, aprovechó aquella libertad para extender su dominacion. Se dirigió á los Alcaldes de un crecido número de castillos, incitándolos á la revolucion, y obligándolos á que se sometiesen á su obediencia. Toda la costa lo reconoció por su soberano, y desde entonces se pudo ya considerar verdadero Señor de todo el Mediodia de España, al ver acatadas sus órdenes y tremolada su bandera hasta *Queriat-Al-Galia*, (la alquería de la desterrada) en

los confines septentrionales de la provincia de Málaga; en toda la comarca de *Al-Cabdeij* (Alcaudete); en la de *Giyen* (Jaen); en la de *Hisn-Axar* (Iznajar); y en la de *Begha* (Priego). *Cabra* se resistió en un principio con enerjía; pero acudió sobre ella tal número de enemigos, que al fin tuvo que someterse.

Cuando ocurrió la muerte de Muhammad desempeñaba el cargo de Hagib, como hemos dicho, el distinguido poeta *Hixem ben Abdu-l-aziz*; y solicitó del nuevo Califa la prosecucion en tan elevado puesto. *Al-Mundhir* no se atrevió á negarle desde luego su justa peticion, á pesar de lo prevenido que estaba contra él; pues los enemigos de *Hixem*, que eran muchos y muy poderosos, habian procurado malquistarlo con *Al-Mundhir*, imputándole entre otras faltas la de haber achacado á este la causa de la muerte de su padre; lo cual, segun sus enemigos, se desprendía claramente de los siguientes versos que recitó en los funerales de Muhammad:

«De tu muerte, buen Muhammad,
mi espíritu se consuela;
que eres Alamin de Al-láh
con la corporal flaqueza.
Yo sé que cuantos murieron
no han muerto; y es cosa cierta
que la copa de la muerte
tu separacion me acerca.» (1)

(1) La traduccion literal dice así:

1. Consolaré; ¡Oh Muhammad! sobre tí mi ánimo. ¡Oh Alamin de Al-láh! ¡partícipe de las miserias corporales!
2. ¡Animo! Murieron quienes no han muerto: mas mi apartamiento de tí es para mi la copa de la muerte.

A medida que fué conociéndose la muerte de Muhammad, fueron desplegando sus banderas revolucionarias los ambiciosos caudillos de las Coras. Uno de los primeros que recorrió el país fué Casim, que se apoderó de Toledo. Al-Mundhir mandó contra él á Hixem ben Abdu-l-aziz con escogida caballería. Cuando este llegó frente á la ciudad había salido ya de ella Casim, que envió parlamentarios á Hixem, diciéndole, que estaba dispuesto á deponer las armas y entregar la ciudad, si se le daban acémilas para trasportar los heridos y efectos que allí tenía. Hixem accedió gustoso á tan justa petición, y avisó acto continuo á Al-Mundhir, que ya se había también puesto en camino, diciéndole que escusase el viage, puesto que ya él tenía concertadas ventajosas avenencias con Casim, de cuya sinceridad le respondía.

No quedó muy tranquilo Al-Mundhir: pero en vista de tales seguridades, contestó á su caudillo recomendándole que estuviese muy sobre aviso; y disolviendo su ejército regresó á Córdoba.

Casim dispuso saliese de Toledo la mitad de la gente que tenía en la ciudad, y que quedase oculta en ella la otra mitad; y satisfecho Hixem del franco proceder de Casim, se puso en marcha para Córdoba sin el menor recelo. Sabida por el gefe toledano la retirada de Hixem, y el licenciamiento del ejército de Al-Mundhir, volvió á hacerse dueño de Toledo y corrió la tierra con entera seguridad. Llegó esta noticia al Califa; y lleno de ira, mandó llamar á Hixem, que acababa de entrar en su casa de vuelta de la expedición, y que acudió al llamamiento, muy ageno de la causa que lo motivaba. Salió pues, para el Alcázar acompañado de su hijo Omar, montando un caballo rojo de mucho genio, que al llegar á la puerta de *Dos Huertos* se botó, arrojando al ginete, que quedó en tierra sin sentido. Cuando los circustantes vieron que los soldados del Alcázar, que lo escol-

taban, lejos de volverlo á su casa como parecía natural, siguieron con él hácia la régia morada, conocieron que iba preso y se retiraron contristados.

El Califa le trató con la mayor severidad y acritud; y despues de agotar toda clase de improprios, lo hizo encarcelar en una torre de la Ar-Ruzafa. En ella permaneció por espacio de mucho tiempo, sin mas entretenimiento que hacer sentidos versos, ya maldiciendo su desgracia, ya recordando su vehemente pasion á su jóven y querida Ag. A esta clase corresponde la siguiente composicion de tan desgraciado y distinguido poeta.

Que te visite me estorba
 cárcel de mi bien avara
 con puertas inaccesibles
 de duros hierros forradas.
 Tal vez te asombre mi suerte,
 Ag querida, mas no es rara;
 que en los cambios de los tiempos
 no debe admirarte nada.
 Del mando el camino recto
 abandoné por desgracia,
 cuando tuve entre mis manos
 el poder, que no apreciaba,
 hasta caer en la suerte
 que mas temía mi alma.
 ¡Cuántos son los que me han dicho:
 —«Huye: habrás la vida salva;
 »que en la tierra, aun en la ausencia
 »prados y selvas se allanan.»
 Yo á todos he respondido:
 —«Huir es cosa villana

»que mi alma con los malos

»siempre fué amorosa y blanda.»

¿Qué hacer? me someteré

á la justicia elevada;

que á los decretos de Dios

el hombre jamás escapa:

Y hasta el mísero infelice

que me ofendió con palabras,

beberá en mi misma copa

á mi lado sin tardanza. (1)

Indudablemente su prision se hubiera prolongado por mucho tiempo, si intrigas de cierto género no se hubieran interpuesto para acelerar su perdición. Hixem tenía dos hijos: Omar y Ahmed, que eran verdaderos tipos de la mas galana y apuesta juventud. Perteneían á un padre ilustrado y á la clase mas aristocrática y distinguida: habian sido edu-

(1) La traduccion literal dice asi:

1. A mí me estorba que te visite una cárcel y una puerta inaccesible forrada de hierro.

2. Ciertamente te admirarás Ag, de lo que me ha sucedido, mas en las vicisitudes del tiempo no es de admirar.

3. Dejé el camino recto del poder, cuando en él tenía autoridad, y encontré lo que temía.

4. ¡Cuántos me dijeron!: «Librate y serás salvo, pues en la tierra lejos de ellos prados y selvas se allanan.»

5. Y yo respondí á quien me lo decía: «Es vileza la fuga; que mi ánimo hácia los malvados dulcísimo y lleno de benignidad.»

6. Me resignaré al fallo de Dios en lo que me ha ocurrido, pues contra el decreto de Dios no hay para el hombre fuga.

7. Y quien quiera que me haya injuriado, apagará la sed en mi copa, prontamente, y beberá en ella.

cados con el mayor esmero, y se hallaban adornados de las prendas y cualidades mas meritorias entre la nobleza de aquel tiempo, á saber: Valor experimentado, consumado conocimiento y práctica de las leyes de caballería, discreto ingenio y estro poético. La princesa Zaida, hermana del califa, no pudo ser indiferente á tantos atractivos, ni tuvo reparo en significar su pasion á ambos donceles; pero no encontró en estos la acogida que esperaba, y resentido su amor propio, trocó bien pronto en ódio el amor que había sentido por ellos. Desde entonces se coaligó con los mas encarnizados enemigos de Hixem, é influyó con su hermano para que se exterminase aquella familia.

El infortunado Hixem permaneció en su prision, hasta el último Domingo de Octubre de 886, que con motivo de nuevas quejas dadas por sus enemigos, mandó el Califa que lo llevasen á su presencia, donde con expresiones y ademanes airados le insultó fuertemente diciéndole entre otras cosas: «Tu fuistes quien me aconsejó lo contrario de lo que debía hacer: tu quien protegió la perfidia de los rebeldes; y tú morirás hoy, para que aprendan otros á ser prudentes y cautos.» Y olvidando su lealtad, sus buenos servicios, y sus sanas intenciones, lo hizo decapitar en su presencia.

Cuando Córdoba se enteró de la bárbara ejecucion, se contristó sobremanera y el llanto y la desolacion se apoderó de todos sus habitantes, que conocian y apreciaban en todo su valor, la nobleza y caballeriosidad del desgraciado Hagib. Estas muestras de general sentimiento irritaron aun mas á Al-Mundhir, que instigado sin cesar por su hermana Zaida aprisionó á los jóvenes Omar y Ahmed, y á toda la demás familia de Hixem; Confiscó sus bienes, demolió su casa, é impuso á los hijos una multa de 200,000 dinares, que no pudieron pagar, teniendo por lo tanto que permanecer en la prision hasta la muerte de Al-Mundhir, y elevacion de su her-

mano Abdu-l-lah, que los puso en libertad, devolviéndoles sus bienes, é indemnizándoles de tantas penalidades con honores y cargos distinguidos.

Irritado Al-Mundhir con la preponderancia que diariamente iba tomando en el país el rebelde Omar ben Hafsum, y lo sumisos que le estaban los alcaides de los mas fuertes castillos, decidió atacar simultáneamente á unos y otros; y al efecto reunió un considerable número de fuerzas que repartió entre sus mas distinguidos generales. Un cuerpo de ejército entregó á Asbag ben Fatis, para que se dirigiese contra *Hisn-Axar* (Castillo de Iznajar); otro confió á Abdu-l-lah ben Muhammad ben Mondhir, con destino á Lucena; otro encomendó á Aidon Al-Fati para que combatiese la Cora de Cabra; y él se reservó el cuarto para marchar directamente contra Bobastro, que continuaba siendo el foco y centro de los rebeldes.

La guarnicion del castillo de Iznajar rechazó con heroismo los reiterados ataques de las fuerzas cordobesas, que al fin entraron en la plaza, pasando á cuchillo á cuantos hombres de armas tomar encontraron en ella.

Abdu-l-lah y Aidon desempeñaron tambien su comision con tal bizzarria que sometieron las Coras de Lucena y Cabra, acuchillando á sus enemigos sin descanso, hasta acabar con ellos.

Al-Mundhir se dirigió resueltamente sobre Bobastro; mas no pudiendo rendirlo, se contentó con destruir cuanto existía en sus inmediaciones, y pasó á poner sitio á Medina-Argid-hona (Archidona). Era gualí de ella el renegado Ixen, que con exajerada jactancia dijo públicamente, que se dejaría crucificar entre un cerdo y un perro, si lograrse prenderlo Al-Mundhir. Estrechó este el cerco de la plaza en tales términos que obligó á los habitantes de ella á que implorasen secretamente la clemencia del Califa. Este, á cuyos oidos había llegado

la baladronada del Gualí, les ofreció su perdon á condicion de que le entregarían á Ixen. Los vecinos lo ofrecieron así: y efectivamente, habiendo conseguido apoderarse de él, lo entregaron á Al-Mundhir, que le hizo dar á vista de la poblacion la misma muerte á que él se había sentenciado.

De Archidona pasó el Califa á la comarca de Priego, cuyos montes batió con sus tropas, haciendo prisioneros en ellos á los tres hermanos Benu-Matroh, que eran dueños de otros tantos castillos, y que con 19 caudillos mas fueron remitidos á Córdoba, y crucificados en ella, con Harb, On y Talud, alcaides de la comarca de Archidona.

Conseguidas tan señaladas victorias y desembarazado de la mayor parte de sus enemigos, pudo volver el Califa con mas sosiego y mas fundadas esperanzas á combatir á Bobastro. Omar que reconocía todas estas ventajas de parte de Al-Mundhir, comprendió tambien que apesar de las buenas condiciones del castillo, y del valor y decision de sus soldados, no podría resistir por mucho tiempo á las fuerzas del Califa; y en su consecuencia le propuso la paz. «Iré á vivir á Córdoba—le mandó á decir—con mi familia: seré uno de los generales de tu ejército y mis hijos estarán tambien á tu servicio.» Al-Mundhir accedió desde luego; hizo llamar al Cadi y á los principales Faquíes de Córdoba para que con toda solemnidad extendiesen el contrato bajo las bases propuestas por Omar. Hecho así descendió este de su castillo y se dirigió al que ocupaba el Califa en las inmediaciones, donde tuvo la mas lisonjera acogida: Departieron alegremente sobre varios asuntos: y cuando llevaban ya un gran rato de la mas franca conversacion, dijo Omar á Al-Mundhir: «Señor, como mi sumision es sincera y como tal ha de ser duradera, desearía desmartelar por completo mi castillo; y para ello me parece sería conveniente dispusieses que pasase á él un centenar de mulos para que trasportasen de una vez, todos los

muebles y efectos que en él hay.» Al-Mundhir halló esta petición justa y racional, y accedió desde luego á ella. Llamó el mismo Califa á uno de sus principales alarifes, y le confió la comision que había indicado Omar. El Alarife acompañado de otros nueve, salió para Bobastro llevando consigo 100 mulos, escoltados por unos 60 ginetes. Al-Mundhir entregó además á Omar ricos y abundantes presentes para él, para sus hijos, y para sus principales caudillos, y entre ellos 150 caballos primorosamente arreados, como regalo especial al señor de Bobastro.

Arreglados todos estos incidentes y llegada la noche se retiraron todos á sus respectivas tiendas: mas al poco tiempo abandonó Omar la suya y huyó secretamente con todos los suyos en direccion á Bobastro: en el camino alcanzó á las acémilas, y acuchillando á la escolta, se encerró con todas aquellas en su fortaleza.

Furioso Al-Mundhir al saber la nueva traicion con que había sido engañado, juró establecer segunda vez el sitio, y no levantarlo ni regresar á Córdoba, hasta que cayese en sus manos y recibiese el merecido castigo el pérfido Omar. Reunió al efecto, todas sus fuerzas, dió orden para que se le incorporasen otras y avanzó con todas ellas hasta tocar los muros de la rebelde fortaleza. Al frente de ella permaneció por espacio de 43 dias, y cuando empezaba á sentirse el desaliento en los cercados, y la esperanza en los sitiadores, una muerte repentina cortó la vida del Califa, y burló sus mas fervientes deseos. Su hermano había conseguido sobornar al cirujano de Al-Mundhir, y una lanceta emponzoñada dejó vacante el califato de Córdoba en la noche del 29 de Junio de 888.

Cuando Al-Mundhir comprendió la gravedad en que se encontraba hizo llamar á su hermano Abdu-l-lah para que quedase reconocido por sucesor y entregarle el mando. Pero

ya, desde los primeros síntomas, se habían anticipado á participarle la noticia los Eunucos. Abdu-l-lah reunió inmediatamente en Córdoba, á los Guacires, de los cuales se hizo reconocer, como tambien de los Coraixitas, y Omeyas, y de los gefes del Ejército y partió acto continuo para Bobastro. A la llegada de Abdu-l-lah habia ya muerto su hermano, en medio de los mas acerbos dolores, pero su muerte aun era secreto para el ejército. Algunos gefes le aconsejaron que no hiciese pública esta noticia y que continuase el cerco de la fortaleza. Pero Abdu-l-lah que sabia el disgusto con que permanecia el ejército sobre aquellas montañas, decidió regresar á Córdoba con el cadáver de su infortunado hermano.

La noticia de la muerte del Califa produjo un pánico tal en su campo, que se desbandó el ejército, sin que fuesen bastantes á contenerlo los esfuerzos que para ello hicieron los principales caudillos. Cuando Omar observó el desorden que reinaba en el campo enemigo, y se enteró de la causa que lo motivaba, decidió aprovecharse de ella, y haciendo una salida penetró en los reales enemigos, con lo cual dió mayor impulso á la desercion. Destrozó y acuchilló sin piedad; se apoderó de la mayor parte de los bagajes y de un inmenso botin; y ya se disponia á continuar en la persecucion de sus enemigos cuando recibió un mensaje de Abdu-l-lah suplicándole respetase á los pocos que habian quedado á su alrededor, puesto que lo que antes era un ejército se habia convertido en un cortejo fúnebre: y asegurándole además que el nuevo Califa desearia vivir en paz con el señor de Bobastro. Ya fuese por generosidad, ya por cálculo, el gefe rebelde confuvo á los suyos y regresó á su fortaleza, sin volver á inquietar á Abdu-l-lah que sin mas acompañamiento que unos 40 ginetes, continuó su marcha para Córdoba, llevando sobre un camello el cadáver de su hermano

para que recibiese tierra al lado de sus gloriosos antecesores.

Tuvo Al-Mundhir 11 Guacires.

Sus catibes fueron dos; á saber: Said ben Mubaxir. Y Abdu-l-melic Aben Abdu-l-lah ben Omeya ben Xahid.

Tuvo siete Alcaldes: y fué su Cadi Abu Moavia Amir ben Moavia Al Lajoni.

La inscripcion de su sello decia: «*Al-Mundhir con el decreto de Dios complacido.*»

Era moreno, de cabello crespo, picado de viruelas, y se teñia con alheña y alcatam.

Tuvo 13 hijos: de ellos fueron 5 varones y 8 hembras.

Ocurrida su muerte como hemos dicho á últimos de Junio de 888, no ocupó el trono mas que unos 2 años escasos.

Fué muy amante de sus hermanos, con los cuales estaba siempre reunido, y se mostraba con ellos en extremo generoso. Estuvo dotado de extraordinaria actividad, de inflexible resolucion y enérgica voluntad. Fué muy querido en el ejército; pues desde sus primeros años se le habia visto sufrir las fatigas de la guerra con alegría, valor é inalterable constancia, y en ningun peligro ni ocasion se vió demudado su semblante. Fué en extremo frugal; y tan modesto en cuanto le concernia, que ni por sus vestidos, ni por sus armas, ni por su alimento se diferenciaba de los demás caudillos, ni su tienda de campaña tenia mayor tamaño, ni mas comodidades que las restantes del ejército, distinguiéndose únicamente por la bandera que ondeaba sobre ella.

Honraba mucho á los sábios, y en especial á los poetas, entre los cuales sobresalieron en su tiempo Ahmad ben Abdu-r-rahman, y Al-Aquí. A este se le debe una sentida composicion que hizo en este mismo año, con el motivo si-

guiente. Se estaba sufriendo en Córdoba una prolongada y espantosa sequía sin que el agua viniese á consolar los ánimos. Solo el primer día de Enero de 888 cayó una fuerte nevada: pero esto, lejos de mejorar empeoró la triste situación de los naturales, hasta que al fin cayó el agua en abundancia desde los primeros días de Febrero. Entonces fué cuando el poeta Al-Aquí, hizo la siguiente composición:

Descendió lluvia fecunda
y se alegraron las almas;
dió aliento Dios á sus siervos
que perdieron la esperanza.
Para reparar su angustia
usó de clemencia harta
despachando mensajeros
de compasion y bonanza.
Mensajeros sin los cuales
nos rindiera la desgracia,
Dios es el Rey de los Beyes;
cantemos sus alabanzas.
Sean santos sus nombres buenos
su gloria glorificada.

.
Por Al-Mundhir el leal
es nuestra era afortunada;
la bondad de su gobierno
ventura en los pechos labra.

.
Acepta, amigo de Dios,
hijo de su Amir Muhammad,
los versos que te dirijo
que falsedades no manchan:

y guarda siempre en las mientes
que el que está dando las gracias
no es posible que en aquesto
engañe con sus palabras. (1)

(1) La traduccion literal es la siguiente:

«Descendió la lluvia vivificante y se alegraron los ánimos,
habiéndose apartado el mal presentimiento que se tenía.»

«Dios devolvió la vida á sus siervos, despues que los ánimos
se habian concitado por la desesperación.»

«Poniendo á ella remedio con un visitador de compasion;
que sin los visitadores de ella, hubieran venido sobre nosotros des-
gracias.»

«Es el Rey de los Reyes; santificados seán sus nombres bue-
nos, y enaltecida su magestad santificada.»

«Con Al-Mundhir el leal es feliz nuestro tiempo, y con la
bondad de su dominacion se alegraron los corazones.»

«Acéptalos, amigo de Dios, é hijo de un amigo suyo; el que
dá las gracias en la acción de gracias no es posible que engañe.»

CAPÍTULO II.

**Proclamacion de Abdu-l-lah.—Estado del Califato.—Omar ben Hafsum.—Señoríos independientes.—Pronósticos.—Sorpre-
sa en Secunda.—Batalla en Aguilar.—Batalla en Estepa.—
Victorias sucesivas.—Slavos.—Suleiman ben Guenasos.—La
Sultana Alhara.—Muerte de Abdu-l-lah.—Su retrato.—Anec-
dotas.**

ABDU-L-LAH habia nacido á mediados de Rabí último del año 229 de la Egira, (Diciembre de 843). Su madre se llamaba segun unos Baher y segun otros Axer.

Cuando Abdu-l-lah ocupó el trono de Córdoba caminaba rápidamente el estado á su ruina y á su desorganizacion. Si el nuevo Califa no hubiese tenido mas enemigos que Omar y sus serranos, acaso los pesares que le esperaban hubieran sido insignificantes: pero la aristocracia árabe, aprovechándose del general desorden, impulsaba la rebelion; y la discordia levantaba la cabeza por varios puntos á la vez, no ya tímida y disimuladamente sino arrogante y amenazadora, acariciando cada uno de los caudillos sublevados la lisonjera idea de emanciparse del Califato de Córdoba, y establecerse en comarcas mas ó menos extensas, pero convertidas en territorio propio.

Al mismo tiempo que se revelaban en Sevilla los prínci-

pes Al-Casim y Al-Asbag, hermanos del Califa, lo hacía también su hijo Muhammad, con los alcaides de Lucena, Estepa, Archidona y Ronda, y los Gualies de las fronteras de Estremadura: siendo infructuosas cuantas amonestaciones les hizo el príncipe Abdu-r-rahman por encargo de su padre, manifestándoles que con su desobediencia y ambición favorecían la discordia suscitada contra la dinastía Omiada, no solo por las huestes cristianas sino también por otros caudillos musulmanes.

Uno de los rebeldes que tenía más prestigio, y más temible por lo tanto era Omar ben Hafsum. Abdu-l-lah comprendió que si se había de dedicar con alguna confianza á la persecución de los demás caudillos sublevados, tenía necesidad de transijir con este y disimular por entonces el ódio que abrigaba contra él. En su consecuencia y en conformidad con la oferta que le tenía hecha, vió el medio de avenirse con él y encontrándolo propicio, envió á Ibrahin ben Hamid para que ajustase la paz, como lo hizo, concediéndole el Gualiato de la Comarca de Regio, á condicion de que le conservaría el reconocimiento y la consideracion de soberano.

Concluido este tratado pasaron á Córdoba y al servicio del Califa muchos caudillos de Omar, y entre ellos su mismo hijo Hafz, siendo todos recibidos con las mayores muestras de aprecio y colmados de regalos. Mas la sumision de Omar no había sido esta mas sincera que las veces anteriores, y sí solo un intervalo de descanso y de reparacion y recursos: así es que apenas habían trascurrido algunos meses cuando enarboló de nuevo su bandera con mas brio y animosidad que hasta entonces lo había hecho: y puso en movimiento sus fuerzas para que recorriesen y talasen todos los pueblos de la comarca, hasta llegar con ellas á las murallas de Osuna, Ecija y de la misma Córdoba.

Por este tiempo murió en Córdoba el elegante Al-Catib

y buen poeta Aben ben Firmás conocido por Abdu-l-Casim, que fué muy estimado y sentido de toda la córte.

Antes de que Omar volviese de nuevo á la insurreccion mandó el Califa á su hijo Abdu-r-rahman para que redujese á su deber á sus hermanos los de Sevilla: encomendó el castigo de los gualies de la campiña de Córdoba al guacir Abdu-l-Otman Obeidu-l-lah ben Muhammad; y partió él mismo hácia Granada con objeto de sujetar al caudillo Soguar, que despues de reñida, sangrienta y prolongada lucha entre españoles y árabes, se habia posesionado del poder. Mas en el camino supo que se habia sublevado Mérida y tuvo que regresar para apaciguarla, dejando para mejores circunstancias la pacificacion de Granada. Hasta su misma capital se vió amagada de albergar la insurreccion dentro de sus muros durante esta corta ausencia; y si no llegó á suceder fué debido á la actividad que para sofocarla desplegó Muhammad ben Said ben Muza ben Hodeira; que estaba encargado de la prefectura de policia, y que impidiendo que el pueblo se reuniese á los amotinados, pudo prender á los cabecillas y hacerlos empalar para castigo y escarmiento.

En 889 salió el Califa con buen ejército contra Omar ben Hafsum que permanecia encastillado en Bobastro. Abdu-l-lah recorrió el pais, taló los campos, fortificó la comarca, y dejando en ella á Muhammad ben Dhaquin con fuerte guarnicion de gentes cordobesas, regresó á esta capital. Omar á su vez burló la vigilancia de Muhammad, y se arrojó sobre las fuerzas del Califa picándole constantemente la retaguardia hasta Ecija, que tomó como tambien á Estepa y Osuna, y últimamente la fortaleza de Escoba, que estaba situada casi á la vista de Córdoba.

El Califa mandó contra él todas las fuerzas disponibles que habia en la córte, las cuales no tuvieron que hacer uso de las armas, porque Omar, mas por sus miras particulares,

que por miedo, pidió la paz, á condicion de conservar el Gobierno del territorio que habia adquirido, á lo cual accedió gustosísimo Abdu-l-lah. Pero Omar, que entendia la paz á su manera, esto es, durante el tiempo que la necesitara, no dejó pasar mucho tiempo sin volver á su vida aventurera. Cuando mas contento parecia encontrarse al lado del Califá, salió de Córdoba y reuniéndose á sus gentes, que lo esperaban en sitio de antemano convenidos, marchó con ellos sobre *Bayena* (Baena). Esta ciudad resistió vigorosamente todos los ataques: mas seducida al fin por las engañosas ofertas de Omar, y temerosa de que incendiase sus campos, capituló con él y le abrió sus puertas. Pero Omar, sentido de la resistencia que se le habia hecho, hizo degollar al gobernador, saqueó la poblacion, é incorporó la guarnicion á sus gentes.

Tan apuradas eran las circunstancias en que se encontraba Abdu-l-lah, que lejos de darse por ofendido con Omar, le escribió suplicándole acudiese con sus fuerzas á castigar á *Ibu-Mastrana*, que acababa de apoderarse de *Cala Yahcib* (Alcalá la Real). Omar accedió á prestar este servicio; pero lejos de ocuparse del objeto que motivaba aquella expedicion, la utilizó con hacerse de nuevos aliados y engrosar sus fuerzas.

El 21 de Agosto de 890 murió en Córdoba cargado de años y de méritos el célebre Abad Sanson. Escribió el apologético contra los errores de Hostigesio, en que manifestó la firmeza de su fé y de sus principios religiosos y el gran caudal de conocimientos que poseia en literatura sagrada, cuyo manuscrito se conserva en la iglesia catedral de Toledo.

Los rebeldes que se habian extendido por toda la parte meridional de la provincia, fueron al fin vencidos por el Alcaide Aben-Abdi-Abda, que despues de incendiar los al-

rededores de Jaen, entró en la plaza, y mató á la mayor parte de los rebeldes que se hallaban guarecidos en ella.

Lejos de intimidarse estos con las derrotas que acababan de sufrir se enardecieron mas y mas, arrojándose á una lucha sangrienta que solo tuvo término á consecuencia de nueva traicion de Omar. Tenía este que recurrir otra vez al trillado medio de engañar al califa con sus aparentes sumisiones, y para hacerlo con mayores visos de verdad, discursió un medio harto infame. Cuando Aben-Abí se apoderó de Jaen pudo escapar con vida uno de los principales caudillos rebeldes, llamado Aben Xaquir. Como este sostenia con sus fuerzas la sublevacion de la comarca, le ofreció Omar proteger sus empresas y para ello le mandó como auxiliares algunas fuerzas. Incorporadas estas á las de Aben Xaquir expiaron una ocasion conveniente, y arremetiendo á sus aliados los degollaron en su mayor parte y entre ellos á Aben Xaquir, cuya cabeza mandó Omar al Califa, y pocos dias despues la de Said ben Judí, que le sucedió en el mando. Mas á pesar de esto no se hicieron por esta vez nuevos tratados entre el califa y Omar; séase por que aquel no se fiasse ya de las promesas del engañoso caudillo; ó mas bien, por que este que habia llegado á conocer el abatimiento del Califa, considerase innecesario este nuevo acto de sumision, si quiera fuese tan finjido como los anteriores.

Y efectivamente, del territorio del califato de Córdoba se habian desprendido muchos distritos, que estaban gobernados por caudillos con un señorío independiente sin cuidarse para nada de cumplimentar las órdenes que les llegaban del Califa. En tal estado se encontraban en 891 entre otros

Aben Allaf, señor de Mentesa.

Aben Salim, señor de Medina Beni Salim.

Aben Guaahdah, señor de Lorca y Al-Ancar.

Mallahí, señor de Jaen.

- Said, señor de Elvira.
 Los Beni-Feranic, señores de Trujillo.
 Aben-Taquit, señor de Mérida.
 Aben Meruan, señor de Badajoz.
 Fath, señor de Uclés.
 Motarrif, señor de Huete.
 Becr, señor de la mayor parte del reino de Portugal.
 Abdu-l-melic ben Abi-Djaguad, señor de Beja y Mertola.
 Aben Mastana, señor de Priego.
 Omar ben Hafsum, señor de la Serranía de Ronda y de la provincia de Jaen.
 Cair ben Saquir, señor de Jodar.
 Said ben Hodhail, señor de Monteleon.
 Los Beni Habil, señores de los castillos de la Margarita y de S. Esteban.
 Aben-Salia, señor de las fortalezas de Aben-Omar y de Cazlona.
 Y Daizam ben Ishac, señor de Murcia y de casi todo el Aragon.

Omar ben Hafsum era entre todos estos Gualíes el que gozaba de mas preponderancia y el que mas recelo imponía por lo tanto al Califa. No contento ya con el extenso poder que habia alcanzado, intentó llevar la rebelion hasta la misma Córdoba. Continuaba ejerciendo en ella el cargo de Juez de los cristianos el conde Servando, que despues de haber sido por espacio de muchos años el azote y el mas implacable enemigo de sus correligionarios, se coaligó con Omar, y siguiendo sus instrucciones principió á revolucionar á los renegados cordobeses. Pero descubierto su plan y dada la órden para prenderlo se acogió á la villa de *Boley* (despues *Poley* y hoy Aguilar), una jornada al S. de Córdoba, á donde le mandó Omar algunos escuadrones, recomendándole hicie-

se con ellos frecuentes entradas por tierra de Córdoba. Servando cumplió este mandato con esrupulosidad y con la mayor crueldad, hasta que fué muerto en uno de los encuentros que diariamente tenía que sostener con las tropas cordobesas.

Omar no descansaba un solo momento. Despues de haberse posesionado de Baena, de haber fortificado á Poley, estableció su cuartel general en Ecija, desde la cual tenía en continúa alarma á Córdoba; que expuesta constantemente á los ataques del enemigo, podía considerarse como una plaza fronteriza. Sus habitantes despertaban con frecuencia sorprendidos por los desgarradores gritos que lanzaban los del arrabal del medio dia, al ver amenazados sus cuellos por los alfanjes de la caballería enemiga, que penetraba hasta sus hogares; y hubo noche que el gefe de un destacamento procedente de Poley pasó el puente y clavó su lanza en una de las gigantescas estátuas que adornaban aquella puerta de la ciudad.

Acaso desde la creacion del Califato no se habia visto Córdoba en circunstancias mas críticas ni en situacion mas apurada. Las provincias no remitían el producto de las contribuciones: el erario estaba exhausto y el ejército sin pagar: los mercados desiertos, aniquilado el comercio y los comestibles á precios exorbitantes. El abatimiento se habia apoderado de los corazones, y por todas partes se murmuraba de la inaccion y cobardía del Califa. Los Faquíes, que consideraban todo esto como un castigo de Dios y llamaban á Omar *el rayo de la cólera celeste*, llenaban la ciudad de tristes vaticinios.— ¡Desgraciada de tí, Córdoba! decian—desgraciada de tí vil cortesana, cloaca de impureza y disolucion, morada de calamidades y de penas! ¡Desgraciada de tí que no tienes ni amigos ni aliados! Pronto verás llegar á tus puertas un caudillo de faz siniestra, precedido de Musulmanes y se-

guido de Cristianos, y entonces huirán despavoridos tus habitantes, buscando un asilo que acaso no encontrarán.» Desde los púlpitos se fulminaban maldiciones contra *el Alcázar de la iniquidad*, como llamaban al del Califa, y se marcaba el tiempo que aun faltaba á Córdoba para caer en poder de los infieles. — Infame Córdoba — decía un predicador — Al-lah te odia desde que has recibido en tu seno á tan considerable número de extranjeros, de malhechores y de prostitutas. Al-lah dejará sentir su cólera sobre tí. La guerra civil se ha posesionado de todo Al-Andaluz. Un golpe mortal vendrá sobre tí á principios de Ramadhan, y una gran catástrofe tendrá lugar en el gran zoco del Alcázar un viernes al mediodía y durará hasta la caída del sol. Desgraciados habitantes de Córdoba! guardad entonces bien vuestras mugeres y vuestras hijas! ¡Que ninguna persona que os sea querida se atreva á pasar en semejante dia por la plaza del Alcázar de la iniquidad, ó por la de la gran Mezquita!»

Fácil es comprender la impresion que estos *akabuis* producirían en un pueblo tan fanático y tan crédulo. Sin embargo se puede asegurar que el mas desgraciado de todos los habitantes de Córdoba era el Califa. El trono que habia escalado á costa de un fratricidio, se habia convertido para él en un lecho de espinas. Se hallaba sin recursos, despues de haber empleado la conducta que habia considerado mas sensata y acertada. ¿Qué haría pues? ¿Echaría mano del benéfico sistema de gobierno que habia seguido su padre? Además de serle repugnante la guerra por su carácter apático, no contaba tampoco para emprenderla ni con dinero ni con ejército: por donde quiera que volvía la vista encontraba enemigos insolentes, armados y dispuestos cuando menos, á resistir su dominacion y á disputarle el terreno que ocupaban; sino es que venian á buscarle hasta los mismos muros de la corte, como sucedia con Omar ben Hafsumel.

De todos los caudillos que escitaban la ira del Califa, ninguno le alarmaba tanto como este. A sus súplicas, á sus concesiones, á sus mas ventajosos ofrecimientos, contestaba el altivo guerrillero con desdeñosas negativas á nuevos conciertos. Y tal vez este desmedido orgullo fué el que logró despertar en el abatido monarca el sentimiento de su soberanía y de su dignidad, y que comprendiese al fin que, llegadas las cosas al punto en que se encontraban no le quedaba mas recurso que jugar el todo por el todo, y preferir á la vergüenza de verse en tal estado, una muerte honrosa sobre el campo de batalla. En su consecuencia, convocó á sus guaciques, y participó su resolucion de atacar al enemigo. Sorpresa de los ministros se disponian á hacerle algunas observaciones; pero Abdu-l-lah les interrumpió, diciéndoles:—Sé que las fuerzas de Omar son mas considerables que las nuestras, y sin embargo no les pediremos cuenta.» Omar recibió con alegría y hasta con burla la noticia de la arriesgada y temeraria resolucion que habia tomado, el Califa. —¿Dónde irá ese pequeño cabalito de ovejas?—decia á sus amigos;—Regalaré gustoso 500 ducados al que me noticia que se ha puesto en marcha.» Algunos dias despues supo que en Ecija se hallaba con su gente en la llanada de Secunda, y que en ella tenia fija su gran tienda de campaña; y el confiado caudillo concibió el proyecto de poner en ridiculo al Califa incendiándola por sí mismo. Al efecto, salió de Ecija, acompañado de unos cuantos escuadrones, y llegado al campo de Secunda al amparo de la noche, se arrojó repentinamente sobre los esclavos y arqueros que custodiaban la tienda. Mas estos, aunque escasos en número, se defendieron heroicamente, hasta que fueron auxiliados por nuevas fuerzas, burlando por completo las intenciones de Omar. Como este no llevaba otro objeto que dar un susto al Califa volvió,

la espalda con sus ginetes en direccion á Aguilar; pero fueron perseguidos en la retirada por los soldados de Abdu-l-lah que le mataron no pocos.

Este hecho tan insignificante, ocurrido á vista de Córdoba, apareció en la capital con gigantescas proporciones, y los cordobeses recibieron como grandes y distinguidos trofeos los caballos aprehendidos y las cabezas cortadas por los soldados del Califa.

Sin embargo, las demostraciones de alegría que se hicieron con este motivo no fueron bastantes á calmar la ansiedad general, y la natural desconfianza de todos los que sabian que las fuerzas de Omar ascendian á 30.000 hombres, cuando escasamente contaba Abdu-l-lah con 14.000, y de ellos solo 4,000 eran de tropas regulares. A pesar de tan notable diferencia, dió este la orden de ponerse en marcha para Poley, y el jueves 15 de Abril de 891 acampaba su ejército á las inmediaciones del pequeño rio que corre á media legua escasa del castillo: conviniéndose segun la costumbre de la época en que la batalla se daría al dia siguiente (1) que era precisamente para los cristianos el Viernes Santo.

El ejército del Califa se puso en marcha al amanecer, mientras Omar, lleno de entusiasmo y seguro de la victoria, ordenaba sus fuerzas y las colocaba en orden de batalla, al pié de la colina sobre que se alza la fortaleza. Abdu-l-lah por el contrario estaba pensativo y preocupado. Cifraba en

(1) Despues de la regla establecida por el Concilio de Nicea, la festividad de Pascua debió haber tenido lugar en 891 el 4 de Abril; pero como los cronistas árabes colocan la batalla de Poley en el año 278 de la egira, que comenzó el 15 de Abril, es de inferir que los andaluces celebraban la Pascua siguiendo el sistema de su compatriota Migejio: sistema que menciona y condena el Papa Adriano I, en una epístola dirigida al Obispo Egita.

su pequeño ejército su última esperanza: en él se encerraba todo el porvenir de los Omeyas, y si lo perdía, todo habría concluido para ellos. Para colmo de desgracia hasta mal dirigido estaba: pues Abdu-l-melic ben Omeya, general en jefe, pudo comprometerlo por efecto de una torpe maniobra. Después de puesto en marcha mandó retroceder, para tomar posición en una montaña que se elevaba al N. del castillo. Tan luego como recibió esta orden el general de vanguardia, que era un bravo caudillo de la tribu Omeya llamado Obeidu-l-lah, corrió al Califa gritando: ¡Dios mío, Dios mío! ¡Tened piedad de nosotros! ¿A dónde se nos conduce, señor? ¡Cuando estamos frente al enemigo, le volvemos la espalda para que crea que le tenemos y se nos acuchille? El Califa se hizo cargo de la fundada observación de Obeidu-l-lah y le contestó: *Marcha de frente: ataca al enemigo con valor, y que se cumpla la voluntad de Dios.*»

Obeidu-l-lah corrió de nuevo á la cabeza de su división y dió otra vez frente al enemigo, que efectivamente se preparaba á atacarlos en la retirada. Los soldados del Califa recibieron la orden de abandonar los bagajes y las tiendas, y prepararse para la batalla. Un incidente desgraciado vino también en estos momentos á influir algún tanto en la desconfianza de los soldados de Abdu-l-lah. Estándose levantando un pequeño pabellón para que pudiese el Califa presenciar la pelea se rompió una de las varas que lo sostenían y cayó por tierra. «Mal agüero—murmuró el ejército—aseguradlo de nuevo, contestó uno de los jefes superiores—esto no significa más sino que se ha roto un palo, y lo mismo sucede cuando se ha de perder, que cuando se ha de ganar una batalla.»

Los ejércitos se acometieron con encarnizamiento, y el combate, que se generalizó bien pronto por toda la línea, fué horroroso. El ruido de los instrumentos militares atronaba

el campo, confundido con los gritos de los Doctores Musulmanes y de los sacerdotes cristianos, que recitaban las oraciones del Coran, y los versículos de la Biblia. Contra todas las esperanzas del ala de la izquierda de las tropas del Califa, fué alcanzando cada vez mas ventaja sobre la derecha de las de Omar, que empezó á perder terreno, y que fué al fin rechazada.

Animado con este resultado el ejército cordobés, se arrojó entusiasmado sobre el ala izquierda de su enemigo que mandaba Omar. En vano dió este pruebas de un valor heroico, metiéndose como simple soldado en lo mas reñido del combate; todo ello no bastó á sujetar á sus gentes, que concluyeron por volver la espalda al enemigo, huyendo en la mayor confusion y amilanamiento. Este era precisamente el momento que ambicionaba Abu-l-lah, que con toda la mas escogida y ligero de su caballeria se puso al alcance y persecucion de los fugitivos, haciendo en ellos una espantosa carniceria. Unos se dirigieron á Écija en el mayor desorden y otros, entre los que se hallaba Omar, procuraron aparrarse del castillo: mas como las puertas de este estaban aun obstruidas por las fuerzas del ala derecha, que habian sido las primeras á huir les fué imposible abrirse paso á los que llegaron despues; en tal forma que para que penetrase Omar dentro del recinto, fué necesario que puesto de pié sobre la silla de un caballo, escalase la muralla, auxiliado por las tropas que la coronaban. Entretanto recorrian las fuerzas del Califa el campo de batalla, haciéndose de un inmenso botin, ó descansaban satisfechas y entusiasmadas con la gran victoria que acababan de conseguir.

Cuando Omar vió á los suyos dentro de la fortaleza, les manifestó su deseo de permanecer en ella y sostener el sitio: pero los soldados de Écija le contestaron que ellos estaban en el deber de acudir á la defensa de su patria, que in-

dudablemente se hallaría amenazada; y aun cuando el gefe se opuso enérgicamente á dejarlos partir, hallaron medio de escalar la muralla por el lado del N. y se dirigieron á Ecija. A ejemplo de esto se insurreccionaron tambien los soldados restantes, y no considerándose ya suficientes á defender por sí solos la fortaleza, decidieron abandonarla. Omar lo resistió tenazmente; mas al fin tuvo que ceder, y aprovechando la oscuridad de la noche salieron del castillo, no en una forma ordenada, sino en el mas descompuesto tropel y al mismo tiempo sin otro grito que *salvase el que pueda*.

En medio del desorden y la oscuridad buscó Omar infructuosamente y por largo rato un caballo cualquiera; hasta que por fin al fin pudo verse de una mala bestia de un soldado cristiano, y incorporándose á ella procuró en vano ponerla á galope. A ben Alastanah que cabalgaba tambien á su lado, no habia podido conseguir un caballo mejor, y recordando la batalla de Omayyad dijo: —«Me parece que te has devuelto Dios los 500 ducados que habias ofrecido al que te anunciase que el Califa se habia puesto en marcha. ¿En qué piensa ahora?» — «En que debemos atribuir el golpe que hemos experimentado — contestó Omar enfurecido — á tu cobardía y á la de otros parecidos á tí.»

Al amanecer del dia siguiente llegó Omar á Archidona, y después de encargar á sus habitantes que acudiesen á Bobastro, lo mas pronto posible, continuó su camino con dirección á aquella fortaleza. Entretanto tomaba el Califa posesion del castillo de Aguilar, donde encontraron gran resguardo de dinero, de provisiones, y de máquinas de guerra, y mas de 1.000 prisioneros que hizo degollar á su presencia. Dio una fuerte guarnicion, y se puso en marcha para Ecija, donde se habian reunido la mayor parte de las fuerzas de Omar. La resistencia fué con este motivo muy tenaz, y solo cuando el hambre habia diezñado la poblacion, fué

cuando pudo entrar á cuchillo en ella Abdu-l-lah, causando tal destrozo, que aterrorizados los vecinos levantaban los niños en alto para que como mediadores alcanzasen el perdón, que al fin les fué concedido.

De Ecija pasó el Califa á Bobastro, donde no pudo penetrar, siguió á Archidona y Elvira y dió la vuelta á Córdoba, sumamente complacido del buen resultado de la expedición; pues además de la completa victoria conseguida en Poley, de cuya villa era dueño como de las de Ecija, Archidona, Elvira y Jaen, habia conseguido desprestigiar á Omar, rehabilitándose él en la opinion pública y robusteciendo el poder real, que tan decaído se habia llegado á ver.

Omar lo habia perdido todo, menos su audacia y su confianza en el porvenir. Para él los desastres sufridos no eran mas que naturales vaivenes de la fortuna, de los cuales esperaba quedar indemnizada algo mas tarde. Por lo tanto, consideró que lo que le importaba era ganar tiempo y al efecto pidió la paz al Califa, que le fué concedida á condicion de que habia de entregar en rehenes uno de sus hijos. Omar tardó algun tiempo en acceder á esta condicion: despues mandó como hijo suyo á uno que no lo era y últimamente concluyó por negarse abiertamente á toda avenencia y rompió las hostilidades en 892.

El gefe rebelde reconquistó primero á Archidona, despues á Elvira y mas tarde á Jaen. El príncipe Al-Mutarrif salió de Córdoba contra él en 893 al frente de un ejército bastante numeroso, y que sin embargo no fué suficiente á rendir á Bobastro; teniéndose que contentar con asolar su comarca.

Por este tiempo se edificó por orden del Califa el castillo de Loxa (Loja), quedando encomendada su custodia á Idris ben Abdu-l-lah, con fuerte guarnicion.

El príncipe Al-Mutarrif continuó su expedicion apo-

derándose de Elvira, que volvió á la sumision del Califa, y hecho esto regresó á Córdoba, donde entregó el mando del ejército á Abdu-l-lah ben Omeya, que salió nuevamente con él para combatir los castillos que conservaba Aben-Mastena (1). Acampó junto al castillo de Hisn-Axar, combatiéndolo y dando muerte á la mayor parte de los que lo defendian: desde allí pasó á As-Sabla, cuya fortaleza arruinó, regresando á Córdoba.

El Califa habia puesto gobernadores de toda su confianza en la mayor parte de las ciudades de Andalucia; parecia haberse adormecido en Omar sus instintos belicosos; y se principiaba á disfrutar de alguna tranquilidad con el pais, cuando Ahmed ben Moavia, que se hallaba en Aragon, reunió un ejército de 60.000 hombres, y entró por tierra de cristianos, á pesar de las treguas que tenian concertadas Abdu-l-lah con Alfonso III.

Hacia tiempo que Sevilla si bien no era hostil al Califa, no remitia las contribuciones; y los caudillos que la gobernaban no se creian de ningun modo obligados á cubrir las cargas del Estado. El Califa encomendó la expedicion del verano de 895 al principe Al-Mutarrif y á Abdu-l-melic ben Omeya, que se dirigieron á Sevilla. Cuando se hallaban ya en las inmediaciones de esta plaza se indispusieron dichos gefes, y Al-Mutarrif prendió é hizo decapitar á Abdu-l-

(1) Eran estos cuatro lugares fortificados que sirvieron de baluarte para sostener en su rebeldia al famoso Said ben Mastena; uno de los caudillos que se sublevaron, como hemos dicho, y que mas nombre adquirieron por este tiempo. Pertenecian estos castillos á la Cora de Begha (Priego,) y eran conocidos con los nombres de

Hisn-Axar.—(Iznajar.)

As-Sabla.—(Almodóvar del Rio.)

Luc y Belda.—Cuyos sitios se ignoran.

TOMO III.

melic, poniendo en su lugar á Ahmad ben Hixem. Despues de varios encuentros en la comarca, y de una tenaz resistencia en los muros de la ciudad, que costó mucha sangre á los sevillanos, se sometieron estos y pagaron los impuestos que debian. Al-Mutarrif destruyó varios fuertes, recorrió las comarcas de Sevilla y Xidona, y sin mas resultado que haberse dividido la provincia entre sí Ibrahim y Coraib, que eran los dos caudillos que hasta entonces habian mandado en la ciudad, regresó á Córdoba, trayendo consigo en rehenes á Ibrahim ben Hagiag, á Aben Jalon y á Aben Abdu-l-melic Ax-Xidoní; á los cuales cargó de cadenas y encarceló, reteniéndolos hasta que recibió nuevos y expontáneos tributos de la gente de Sevilla.

En el año 899 y á los 96 de su edad murió en Córdoba el Guacir Teman ben Amri. Desempeñó este cargo con los Califas Muhammad, Al-Mundhir y Abdu-l-lah, y escribió en verso la conquista de España, con los hechos de sus gualies y Califas, desde la entrada de Tarig ben Zeyad hasta el califato de Abdu-l-lah.

En 898 se sufrió en Al-Andalus gran esterilidad y carestia, llegando á tal punto que murieron de hambre la mayor parte de los ganados, y los que sobrevivian se alimentaban de los que morian consumidos. Estos malos alimentos trajeron como era consiguiente enfermedades y epidemias, con tal mortandad que tuvieron que abrirse en Córdoba anchas y profundas zanjas para enterrar en ellas sin lavatorios ni oraciones á tantos como morian.

En 899 abrazó el cristianismo Omar ben Hafsum con toda su familia, y este fué un nuevo motivo de zozobra para el Califa de Córdoba, por la mayor facilidad que veia de que hiciese en adelante causa comun con las fuerzas cristianas.

En el año 900 falleció en Córdoba el docto Al-Faqui Ibrahim ben Nesar. Su entierro fué muy concurrido, y la

gente que acompañó el féretro permaneció gran parte de la noche en el cementerio, orando por su eterno descanso; y al séptimo dia se leyó sobre su sepulcro una sentida composicion en elogio de sus virtudes.

Por este tiempo nombró el Califa Cadi de la Aljama de Córdoba á Nadhr ben Salema Al-Quelbí, que renunció este cargo para que lo desempeñase su hermano Muhammad ben Salema, como sucedió.

El gualí de Sevilla Aben-Adjad temió que las fuerzas cordobesas se presentasen á exigirle la restitucion de la provincia, y no encontrando á sus inmediaciones otro caudillo mas respetable que Omar, ó Samuel como se hacía llamar desde que entró en el gremio de la Iglesia cristiana, le hizo en 901 ventajosas proposiciones de alianza, que aceptó gustoso el arrogante caudillo de Bobastro. Pero fueron infundados por entonces los temores de Aben Adjad, pues el ejército expedicionario que salió de Córdoba al mando de Admad ben Moavía ben Al-Iman Hixem, no se dirigió contra Sevilla, sino que casi sin salir de la provincia de Córdoba, dió la vuelta, internándose despues por Trujillo y Extremadura, hasta llegar á las inmediaciones de Zamora, donde murió sin poder regresar á Córdoba, ni recibir el premio de sus últimas victorias.

Fué este invierno de copiosísimas lluvias que ocasionaron en el Guadalquivir una de sus mayores crecientes, arrastrando en su impetuosidad uno de los estribos del puente.

La situacion en que se encontraba el Califa no podia ser mas precaria ni afflictiva. Sus mejores cálculos, sus mas meditadas reflexiones, se trocaban en graves motivos de disgusto y en amargos sinsabores. La reciente liga celebrada entre Omar y el gualí de Sevilla vino á apurarle aun mas, y para salvar este nuevo revés no encontró mas recurso que prometer á Omar tales ventajas que le decidieron á faltar á

Aben Hadjad, y lo colocasen á su lado. Tan voluble Omar como de costumbre no tuvo reparo en faltar una vez mas á sus compromisos y crearse otros nuevos, mandando al Califa en rehenes á cuatro personas importantes, entre las que se hallaban su tesorero Xalaf, y el caudillo Aben Mastena, con lo cual pretendía dar mayor colorido de sinceridad á su última alianza. Mas tampoco esta paz fué duradera. Séase que ya esta trégua no fuese conveniente á Omar, séase que el Califa faltase á alguna de las cláusulas estipuladas, es lo cierto que la guerra se declaró de nuevo en 902.

Omar tuvo una entrevista en Carmona, con el gualí de Sevilla, en la que le dijo: «Si me envias tu mejor caballería al mando del valiente caudillo Fadjil ben Abi Mostim; yo te prometo que antes de tres dias habré vencido á Aben Abi Abda, y antes de ocho estaré dentro de Córdoba.» Fadjil que se hallaba presente, intentó disuadirle, haciéndole ver que su caballería siempre sería inferior á la del Califa. Pero Omar que no era hombre que desistia fácilmente de un proyecto que hubiese concebido, rechazó sus objeciones, manifestando que con 1600 caballos que él tenía, 500 que mandaba Aben Mastena, y otros 500 que tenia el gualí de Sevilla, le sobaba fuerza para derrotar al ejército cordobés. El caudillo Fadjil insistió en que no veia tan lisonjero el resultado; pero recibió de Aben Hadjad la orden de incorporarse á Omar, y no tuvo mas remedio que ceder.

Momentos despues recibió una confidencia el señor de Bobastro en la que se le dijo que el ejército del Califa acababa de atravesar el Genil, y tenía establecido su campo en Estepa. Inmediatamente se puso en marcha para encontrarlo, y sin mas que su caballeria cayó de improviso sobre sus enemigos matándoles 500 hombres. Por la tarde se le incorporó la infanteria, compuesta de 15.000 hombres y sin darles tiempo para tomar algun descanso les ordenó se prepara-

sen para entrar en acción, y penetrando en la tienda de Fad-jil le dijo:

—Llegó el momento de entrar en acción.

—¿Y contra quién? contestó Fad-jil.

—Contra Aben Abi Abda.

—Mal haces en querer conseguir dos victorias en un día. ¡Quiera Dios que no tengas que arrepentirte! Has avergonzado al general enemigo, dándole un golpe que no olvidará en mucho tiempo. Teme de él una resolución desesperada.

—Imposible; mis fuerzas son superiores, y dentro de poco habrá rodado del caballo ó habrá encontrado su salvación en la fuga.

A caballo, pues—gritó el general sevillano.—El resultado nos dirá de parte de quien está la razón.

Mientras Omar se ponía en marcha con sus fuerzas, guardando el mas profundo silencio con la esperanza de sorprender al enemigo, estaba Aben Abi Abda sentado á la mesa con sus oficiales. De pronto llamó su atención una nube de polvo que se descubría á lo lejos, y dirigiéndose á Abdull-guahid Rutí, que estaba á su lado y era uno de sus mejores oficiales, le dijo: «Hafsum intenta sorprendernos; aquel debe ser su ejército. Salgamos á su encuentro.» En el momento se armaron todos, y poniéndose al frente de sus soldados, marcharon al enemigo.

Cuando estuvieron á cierta distancia gritó Abi Abda á sus oficiales: «Que se arrojen las lanzas y entremos al enemigo sable en mano.» Y lanzándose sobre los rebeldes con terrible impetuosidad, les mataron en breves momentos 1.500 hombres, les cogieron muchos prisioneros, y pusieron en desordenada fuga á los restantes.

La noticia de esta nueva infidelidad de Omar, llenó de indignación al Califa, que hizo degollar en el acto á tres de

los cuatro sujetos que tenia en rehenes, perdonando únicamente á Aben Mastena. Pensó tambien decapitar á un hijo del gualí de Sevilla que tenia en su poder: pero le disuadieron sus Guacires: haciéndole comprender que solo por un acto de generosidad conseguiria romper la alianza que existia entre Omar y Aben Hadjad: y convencido de ello no solo le perdonó la vida, sino que lo mandó á su padre, que agradecido se separó desde entonces de Hafsum, y si bien conservó el mando de Sevilla fué con el carácter de tributario del Califa, y pagándole con religiosidad sus contingentes de dineros y hombres.

Esta reconciliacion con el gualí de Sevilla pareció ser para el Califa el origen de una nueva era y el restablecimiento del poder real: pues extinguido este núcleo que servia de punto de apoyo á la insurreccion de todo el Oeste, fácilmente quedó dominada en el territorio que media desde Algeciras á Niebla, y el Califa pudo volver sus armas al Mediodia con el mas satisfactorio resultado.

En 903 tomó á Jaen sin grandes esfuerzos, y en 904 salió el príncipe Aben, hijo de Abdu-l-lah con el ejército expedicionario cuya caballeria mandaba el caudillo Ahmad ben Muhammad Aben Abdi Abda. Se dirigieron á la provincia de Málaga, y estando dos leguas al O. de Antequera, fueron atacados por Omar, que logró arrollar en el primer encuentro á las tropas del Califa, haciéndolas replegar hasta el Guadaljorce: mas volviendo aquí sobre sus enemigos, continuaron en su persecucion, ocasionándoles una derrota diaria é incendiando todas las alquerias de que abundaba el pais hasta que establecieron su campamento en Talhará, en la provincia de Granada. Desde aquí se trasladó el ejército del Califa á Loja y combatió el castillo de Al-Jaxan (1), donde

(1) Ojen, en el distrito de Marbella.

hizo á Omar multitud de muertos y prisioneros, con cuyas cabezas dió la vuelta á Córdoba, sin haber invertido en esta expedicion mas que tres meses y veinte dias.

Al mismo tiempo que tan brillantes resultados obtenian por las comarcas meridionales las fuerzas del Califa, no eran menos lisonjeros los que alcanzaba por la parte Oriental Lub Muhammad, que casi al mismo tiempo habia salido de Córdoba con un fuerte ejército en aquella direccion. Se apoderó de los castillos de Balierax, Laharoh, Ayles, Castil Sant y Mula, causando en ellos muchos muertos y haciendo muchos cautivos.

Por este tiempo murió en Córdoba el célebre Al-Faqui Giafar ben Yahia Aben Muzin, que fué uno de los sabios mas profundos de su tiempo.

Tambien por este tiempo corrieron por Córdoba de mano en mano unos versos harto ingeniosos y satíricos contra el Califa. Supo este que habia sido su autor el distinguido poeta Suleiman ben Albaga, de Mequinez, y haciéndolo comparecer, lejos de mandarlo decapitar, como todos creian, le elogió su buen ingenio y le hizo algunos beneficios. Y el poeta reconocido, le pidió perdon y le descubrió que Omar se hallaba oculto en Córdoba. Esta noticia fué para Abdu-l-lah de la mayor importancia; así es, que dispuso se buscase inmediatamente y con el mayor empeño por toda la ciudad; pero seguramente esto no se pudo hacer con tal secreto que no llegase á oídos del famoso caudillo que se huyó; y aunque los guacires prendieron á varios sujetos de los mas sospechosos y les dieron tormento, no se averiguó sino la certeza de que habia estado en Córdoba, y que habia recorrido la ciudad en traje de mendigo y pidiendo de puerta en puerta.

Estó animó al Califa á salir contra el rebelde en 905 en cuya expedicion tuvo varios encuentros con él en la provin-